
Cada vez que hay elecciones, hablamos en los días y semanas posteriores de cómo analizamos el resultado. Es el modo en el que las personas nos dejamos (¿inconscientemente?) compartimentar. Y optamos, sin duda, entre formas de organización en ejes: sea el de derecha e izquierda, ricos y pobres, hombres y mujeres, urbanos y rurales, etcétera. Todo se deja compartimentar porque segregarnos es útil –y ya no digo cuando se consigue la autosegregación–. Toda fórmula de clasificar a la sociedad sirve a quien vive de dividirla.

Doctorow escribió en *El libro de Daniel* que “las revoluciones nunca son traicionadas, simplemente son rematadas”. Se hacen para que sean otros los que viajan en *business*. Debemos preguntarnos por qué es siempre el otro grupo el malo. Elijan uno cualquiera, tenemos amplia paleta en oferta de colectivos a los que despreciar, si así nos hemos dejado programar. Ya tenemos formación, cons-

Consignas que destruyen

18 de julio de 2023

Jordi Nadal



ciente e inconsciente, para hablar del “otro” como alguien nocivo, débil, egoísta, algunas veces simplemente porque es eso: “el otro”.

No es fácil vivir en la incomodidad, pero una vida madura puede merecer asumirla, si

se está equipado de buena información, una cabeza clara, serenidad y temple para ofrecer calidad en la respuesta, esto es: en una que no debe ser inmediata. La clave está en pasear, deambular pensando sin ir armado ni armándola. No crisar. Pensar a quién sirve qué cosa. El *cui prodest* latino que Cicerón utilizaba para hacernos reflexionar sobre a quién beneficia.

Qué cansado es pensar. Qué incómodo y necesario. Además, qué duro, exigente y maravillosamente liberador es pensar tan coherentemente como uno pueda, sin consignas. Pensar sin la tribu. Asumir el frío fuera. A la gente se la destruye con consignas.

Veán *Tár*, la película de Todd Field. Y escojan dos tipos de clavos. Elijan no solo los que van a utilizar para crucificar a alguien: añadan al paquete aquellos que, tarde o temprano, van a ser utilizados contra su cuerpo. La escena donde se quiere cancelar a Johann Sebastian Bach roza lo sublime. Tiene precio: vivir (bastante) solos.●